

á enseñarse todos el interno malhumor. Era Barnave joven, generoso, entusiasta, orador, artista, de corazón abierto á todas las nobles emociones, y de nervios muy dóciles á las ideas elevadas; y así, vió en los Reyes unos criminales inocentes como los antiguos héroes de la tragedia griega, sujetos al cetro del destino, y se propuso esconder su crimen involuntario, y realizar su íntima inocencia. Casualmente no había peor ocasión para tamaño intento que aquella, pues los había cogido con las manos en una masa que iban á hacer fermentar, mezclándola con levadura de guerra y de conquista. Cuando se atraviesan circunstancias así, obedecen á solicitudes muy contrarias y á móviles muy contradictorios la voluntad y la conciencia. Barnave debía ver en los Reyes aquella desgracia personal tan grande, que suscitaba compasión muy profunda; y Pétion, la causa de los males presentes, que suscitaba terribles cóleras.

Barnave comprendió, cómo carceleros de tales presos ambulantes los diputados, habían el deber de no agravar las necesarias penas regias con burdas groserías; caracteres opuestos los reyes, mientras Luis XVI muestra su grande comezón de hablar, María Antonieta se encastilla en silencio soberbio y se echa el velo de su sombrero al rostro, negando á sus dos vasallos rebeldes la gracia de su divina mirada. Pero bien pronto notó que latía el pecho de Barnave por ella en culto religioso y el pecho de Pétion á su vez contra ella en odio reconcentrado. Al devoto le premió con íntima correspondencia de amiga, y al contrario le castigó con soberano desdén de Reina. Quiso Pétion hablar del viaje y aun de algunas minucias enterarse; la Reina opuso real silencio á la curiosidad impertinente del diputado demócrata. En cambio Luis XVI se defendía cuando nadie le atacaba, como si respondiese á cargos de la propia conciencia. Y disertó acerca del bien aportable á Francia por un poder ejecutivo fuerte, puesto que no podía ser una república. Por ahora no, dijo con manifiesta inconveniencia Pétion, falta madurez política seguramente á nuestros conciudadanos; pero no me despido yo de verla en mi vida. Era tal especie para Luis XVI el colmo de los descatos. Sin embargo, á tales respuestas el Rey redargüía con manifiesta estupidez, mientras la Reina respingaba como si la hiriesen, pero sin descender un punto de su dignidad rayana en altivez. Llegados á un mesón miserable, donde pernoctar debían en aquella jornada, inmundo zaquizamí, poblado de parásitos; el irreverente Pétion se holgó en alta voz con que viesen los Reyes dónde y cómo posaban en los viajes sus vasallos. Y, sin embargo, allí durmieron por no tener mejor albergue cerca. El Delfín lloró á gritos y sollozós toda la noche; sintió pesadillas horribles llenas de visiones infaustas cuando pudo conciliar algunos instantes el sueño; viéndose precisada su madre á envolverlo en su traje y acostarlo en sus colchones para que reposara un poco aquel infeliz angelito. Cinco y media de la mañana eran, ya de día por el solsticio de verano, cuando siguieron el viaje desde la triste posada de Dormans al tristísimo encierro de las Tullerías. Pétion se colocó en el fondo de la carroza entre Antonieta y Luis, lle-

vando al heredero de la corona sobre sus rodillas. Barnave se colocó entre la dama de honor y la princesa Isabel, teniendo á María Teresa de Francia sobre sus rodillas. Por todas partes, lo extraño del suceso y lo extraño de aquellos personajes movía y excitaba con la curiosidad pública el general interés. Las gentes no querían que se lo contasen, querían ver todo aquel inmenso dolor y todo aquel terrible calvario de los Reyes con sus propios ojos. Así las dos cunetas del camino se habían trocado en dos líneas de romeros, dados á beber, bailar, divertirse, refiriéndose los hechos unos á otros, comentando la catástrofe como pudieran comentar los espectadores un drama. Y en aquella festividad inesperada y traída por uno de los más terribles hechos recordados en la Historia, el insulto á los Reyes prevalecía sobre todas las otras manifestaciones. Así apreciaban estos fuera de toda medida las atenciones escasas que les salían al paso y estimaban á los temerarios capaces de resolverse y protestar contra las maldiciones generales. Mas á cada instante, un horror verdadero experimentaban sus corazones atribulados.

Llegaron á la ciudad de Meaux, en cuyos templos debían resonar aún las sublimes palabras, por Bossuet consagradas dos siglos antes á un infortunio; tan grande como el infortunio de María Antonieta indudablemente, al infortunio de la esposa del Rey Carlos I, descabezado sobre los fúnebres paños de un patíbulo por la cuchilla del verdugo de Londres. La Reina, si recordaba en aquel momento la oración, podía creerla como un salmo profético, á la manera de los antiguos hebreos, tan celebrados, comunicándole sus regias desventuras. Pero quizás á los hechos espantables acaecidos ante sus ojos, revivió en su memoria el recuerdo de los tiempos pasados y de las antiguas desventuras. A cada paso una emoción y á cada emoción una puñalada. En Meaux acaeció terrible caso. Un sacerdote joven, de sincero entusiasmo henchido, intentó acercarse á la Reina y ofrecerle sus homenajes. Semejante acto de compasión al infortunio, y de lealtad al Monarca, fué considerado por los esbirros espontáneos y voluntarios, que rodeaban la berlina de viaje, como un agravio á la Nación. Y, en cuanto les parecía cualquier hecho á la Nación opuesto y contrario, lo castigaban aquellos furiosos en seguida; y, para castigarlo, recurrían á la más horrible pena: el ahorcamiento en las linternas. No las había en aquellos caminos; pero había muchos árboles, de cuyas ramas colgaba el campesino las bestias dañosas y los perros muertos. Como uno de éstos muriera el devoto sacerdote, pues ya le habían apresado aquellos sicarios, si Barnave no lo salvara. La Reina lanzó un grito de horror viendo que las turbas habían despedazado ya el traje ó sotana de su víctima y se apercebían á desgarrar las carnes. Barnave comprendió que no podía salvar á nadie sin riesgo de morir él; comprendió que al asesinato de un gentil-hombre seguía el asesinato de un cura; y al asesinato de un cura el asesinato de cualquier otra persona, y hechos al hedor ya de la sangre los revolucionarios, no podían llegar á las Tullerías los Reyes con vida. Por estos relámpagos de inspiración, frecuentes en todo artista,

CAPILLA ALFONSEINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. 11

